

EL RIESGO COMO DESTINO DEL MATADOR

Juan Manuel Albendea¹
Fundación de Estudios Taurinos



En la concepción vital de Ignacio, el riesgo era como el oxígeno para respirar. Disfrutaba al borde del precipicio. Fue torero, y antes de sucumbir en la plaza de Manzanares, vio muchas veces la muerte rondándole. Resulta paradójico que una persona que amaba tanto la vida, la pusiera en juego tan gratuitamente y en tantas facetas. Para Ignacio, el desafío que supone la incógnita de los pitones, especialmente en el momento de la suerte suprema, tiene connotaciones eróticas. El «torero trafica con la muerte» explicó Ignacio a los estudiantes de la Universidad de Columbia.

La gloria del héroe es su objetivo vital que no necesariamente ha de fraguarse en los ruedos. Para Romero Murube, «en el instante sevillano en que él nació, la gloria romántica hispalense estaba en la torería, pero veinte años más tarde hubiera sido otra cosa –heroica, difícil– pero no torero».

Don Ventura decía que este torero «había traído algo nuevo a la fiesta de los toros: la exageración del riesgo o más aún, la creación de peligro. Una y otra tarde se ha complacido en llevar a los astados a los terrenos más difíciles, para exponer más y más. Y cuando no podía haber emoción la ha

¹ Diputado del Parlamento español.

creado él, la ha buscado él, procurando que la hubiera, inventando el peligro». Eduardo Rebollo, el crítico de *Sol y Sombra*, lo vio «despreocupado con los toros».

Cossío dice que Ignacio violenta las suertes y a eso algunos le llaman trucos. Esa violencia consiste en rodear su ejecución de dificultades reales o aparentes, pero siempre de seguro efecto. Para él, cada corrida, tenía el carácter de una lucha, en la que había de conquistar el aplauso de un público hostil y ante un toro enemigo. Y lo lograba siempre; pero poniendo en juego recursos heroicos, que eran, por cierto, más fáciles de censurar que de imitar. Pero antes, el propio Cossío, reconoce que Ignacio conocía las condiciones de los toros como ninguno y sabía perfectamente cuál era su lidia adecuada.

Federico Alcázar nos dice que su competencia con Gaona llegó a adquirir caracteres de verdadera tragedia. Ha sido una de las competencias más encarnizadas y sangrientas que ha habido en el toreo. Ahora podemos recordar la anécdota en la que Ignacio –con una grave herida– se escapó de la enfermería por una ventana

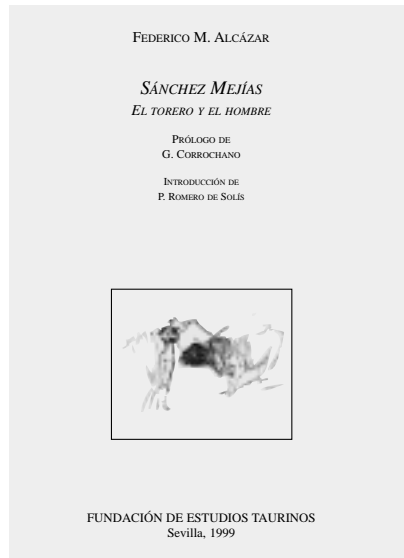


Fig. n.º 15.– Cubierta del libro de Alcázar reeditado por la Fundación de Estudios Taurinos y patrocinado por la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, con motivo del Seminario sobre Sánchez Mejías.



Lám. n.º 27.— El toro dobla a consecuencia de la estocada fulminante (archivo familiar).

para volver al ruedo y así impedir que Rodolfo le ganara esa tarde la pelea y se apuntara, él solo, el éxito (Fig. n.º 15).

Y alguno de sus biógrafos dice: «Y cuando parecía que se iba a aburguesar aparece terrible el cuerno de Manzanares. Volvió a Sevilla héroe y muerto». Esa faceta de héroe engarza con las teorías antropológicas que se han acercado al mundo del toro, relacionando a los matadores con una especie de semidioses, con ceremoniales religiosos, con las tesis suficientemente difundidas por autores tan conocidos como Álvarez de Miranda, Fernández Tresguerres o el propio director de este Seminario, Pedro Romero de Solís. Está también en la génesis de *Los semidioses*, la obra teatral de Federico Oliver. Pues sí, Ignacio era como un semidiós

Debemos hacernos la pregunta: ¿por qué vuelve Ignacio a los toros? *Permitidme* una digresión: recientemente volvía yo a Sevilla en el AVE, y me tocó sentarme enfrente de un conocido diestro cuya retirada se había anunciado para la próxima temporada. Y hablando de la retirada le espeté: «Bueno, como eres muy joven, volverás a los ruedos dentro de pocos años como hace la mayoría». Negó tal posibilidad rotundamente. Los toreros, me dijo, vuelven siempre por dinero, y yo no lo necesito. Me quedé yo bastante perplejo de la total ausencia de romanticismo de aquel diestro, y traté de confirmar, en otra ocasión, si se podía generalizar tan rotunda afirmación, deseando vivamente que no se confirmara para conservar mi ingenuo romanticismo. La ocasión se presentó a los pocos días en un tentadero. Le formulé la pregunta directamente a dos veteranos diestros en activo: «¿los toreros cuando vuelven a los ruedos es siempre por dinero?». La contestación fue al unísono y rotunda: «No conozco ningún caso que no sea ese el motivo». ¡Qué tremenda decepción!

Y, exactamente, eso es lo que Ignacio le dice a su hijo José Ignacio, pero, ni su talante, ni su carácter, ni el temple excepcional de su espíritu para enfrentarse al toro, e incluso al público, permiten aceptar que Ignacio volviera a los toros por dinero. Todos sus biógrafos coinciden en que el halo de la popularidad, el tirón de las ovaciones, la admiración de las mujeres y también el riesgo *per se*, además de las razones económicas para una economía que a la sazón no estaba boyante, son circunstancias que convergen en la decisión de Ignacio de volver a los toros a sus cuarenta y tres años.

El crítico de *Abc*, Eduardo Palacios Valdés, escribió el día de la reaparición de Sánchez Mejías, en San Sebastián: «Las *misses* del concurso del Kursaal no tenían ojos más que para Ignacio». La noche que el matador conoce a Marcela Auclair le dice: «a partir de hoy, yo quiero verte todos los días de mi vida». Por eso ella pudo escribir muchos años después: «Ignacio no intentaba seducir, era la seducción misma».

Dice Antonio Gallego Morell que los aplausos de la plaza le herían las sienes. Entre éstos y los del teatro la noche del estreno, le enardecían más los de la plaza.

El amor propio también debió ser otro condicionante. Y amor propio también debió tener para regalar. Sólo basta recordar el día en que se tiró de espontáneo en la Maestranza para demostrarle al empresario José Salgueiro que pisaba el ruedo de la Maestranza cuando le daba la gana pese a haberle excluido de los carteles de la feria por encabezar una asociación profesional que se oponía a ciertas pretensiones económicas de los empresarios.

No sólo su condición de torero, sino también su perfil humano supongo que influirían en la desusada admiración que tantos poetas e intelectuales sintieron por él: ¿Cuántas

elegías se han escrito tras Manzanares? Además, todos poetas de primerísima fila: Lorca (una nueva visión del *Llanto* esperamos, con expectación, su aparición en el nuevo libro de Andrés Amorós²); Rafael Alberti, Luis Fernández Ardavín, Gerardo Diego, Miguel Hernández, José del Río, Benjamín Peret. Y no menos numerosa y valiosa es la iconografía del diestro con José Caballero, Mariano Cossío, Daniel Vázquez Díaz, Martínez de León...

Para Antonio Gallego Morell el héroe del poema ha crecido de la mano del poeta, del juglar moderno y del pintor y ha traspasado la frontera de la leyenda. Apenas recuerda nadie al Sánchez Mejías autor teatral. Su gloria estaba en el ruedo. Y él lo sabía, y por eso vuelve a los ruedos. A Ignacio no le faltó, como a Belmonte, en la conocida anécdota de Valle-Inclán que lo matara un toro. Los toros han matado a muchos toreros, pero ninguno como Ignacio ha sido coronado por el laurel de tantos poetas.

No estoy muy seguro que el retrato, la primera impresión que Rafael Alberti obtuvo de Ignacio cuando los presentó Cossío, responda a la realidad: «Un sevillano de la Sevilla de Trajano, clásico, grave, perfilado y severo». Sin duda, un juicio escrito después de haber oído que el «aire de Roma andaluza/ le doraba la cabeza».

² Leer su reseña en este mismo número de la *Revista*.